

**SIGNOS  
DE LOS  
TIEMPOS**

## **Bergoglio y su revolucionario sentido común**

**Marisa Forcina.** Universidad de Solento. Lecce, Apulia. Sur de Italia.

Aunque parezca extraño, podríamos preguntarnos dónde se encuentran las prácticas más revolucionarias en los dos últimos pontificados. Parece un contrasentido hablar de revolución a propósito de la Iglesia, una institución que se diferencia de cualquier otra porque su constitución se atribuye al Eterno, al Absoluto. Cabría esperar por ello la inmovilidad más total. Pero el valor cristiano de la encarnación hace que sea posible también la encarnación de dicha institución en el tiempo, no en el sentido de una mayor modernidad, sino en el sentido de una mayor autenticidad humana. Sea lo que sea, en estos últimos años estamos asistiendo en la Iglesia, a revoluciones tan inesperadas como significativas. No parecen grandes revoluciones: las referencias implícitas o explícitas al Concilio Vaticano II, que las hizo posibles y legibles, hacen que el fenómeno del cambio pertenezca a la natural prosecución de la historia, pero las mutaciones registradas van más allá del simple nexo causal con el Concilio.

A parte de los cambios objetivos en la representación y en el lenguaje, más o menos mediático, ha habido grandes transformaciones. Lo han sido en el sentido en que lo propone un intelectual revolucionario y contestatario que el papa Bergoglio menciona en una de sus primeras homilías. Se trata de Charles Péguy, a quien le gustaba decir que una revolución no es una simple oposición, un ser lo contrario de lo que era el momento anterior, un expresar cualquier cosa en contra

o un cambio de parecer. Una revolución verdadera comporta la memoria y la materia que nutren el espíritu revolucionario y que constituyen su dimensión más esencial, real y nueva. De hecho, la cuestión de la revolución no es en una cuestión crítica, lógica, metafísica o cronológica, sino que tiene que ver con lo que la nutre y de lo que se alimenta, es decir, su propuesta y su arranque.

### La renuncia de Benedicto XVI

Con su dimisión, Benedicto XVI ha renovado totalmente su propio camino. El 11 de febrero de 2013 a las 11, mientras presidía un consistorio para la canonización de algunos beatos, leyó al final, no sin emoción, una breve declaración en latín: «*conscientia mea iterum atque iterum coram Deo explorata ad cognitionem certam perveni vires meas ingravescente aetate non iam aptas esse ad munus Petrinum atque administrandum*». La dimisión de Benedicto XVI fue revolucionaria y sorprendente, porque una institución tan universal como la Iglesia Católica se confronta con la singularidad de una "*conscientia mea*". El Papa en su calidad de representante de la universalidad de la Iglesia, asumiendo la *conscientia* como decisiva, la ha reavivado y propuesto como principio de la verdad y de la ley. Y no ha sido un acto aislado o terminal, sino que se trata de una revolución en el campo de la teología. La misma revolución que para los judíos representó el discurso de Cristo, con la primacía de la conciencia sobre la ley. Pero después se volvió a dar primacía a la ley, incluso en la Iglesia. El rigor con que Ratzinger, en la misma línea de su predecesor, había combatido la teología de la liberación y otras propuestas innovadoras procedentes de las bases, permanecía como una herida abierta en la mente y la vida de muchos. Había utilizado un antiguo registro que no aportaría nada nuevo en el

diálogo católico. En cambio, el diálogo que Ratzinger ha entablado consigo mismo y las preguntas que ha sido capaz de formular desde sí mismo y desde su ser papa y alemán, ya un año después de su elección, han abierto un registro nuevo.

El 28 de mayo de 2006, la visita de Benedicto XVI a Polonia terminó con una parada en Auschwitz, donde dijo:

«Tomar la palabra en este lugar de horror, de una acumulación de crímenes contra Dios y el hombre que no tiene parangón en la historia, es casi imposible, y es particularmente difícil y agobiante para un cristiano, para un Papa originario de Alemania. En un lugar como este sobran las palabras, solamente puedo permanecer en un silencio de estupor, un silencio del que brota un grito a Dios: ¿Por qué, Señor, permaneciste en silencio? ¿Cómo pudiste tolerar todo esto?».

Y luego, recordando que muchas veces su predecesor había ido al mismo lugar, Benedicto XVI formuló la siguiente precisión:

«El Papa Juan Pablo II vino aquí como hijo del pueblo polaco. Yo estoy hoy aquí como hijo del pueblo alemán [...] Era y es un deber enfrentarse a la verdad y a la justicia [...], estar aquí como sucesor de Juan Pablo II y como hijo del pueblo alemán, hijo de un pueblo sobre el que un grupo de criminales alcanzó el poder mediante falsas promesas, en nombre de prospectivas de grandeza, de la recuperación del honor nacional y su relevancia, con previsiones de prosperidad, y también por la fuerza del terror y de la extorsión, por lo que nuestro pueblo fue utilizado y manipulado hasta el abuso como instrumento de destrucción y de poder».

Comparando estas palabras con las que manifestó la decisión de su renuncia, se puede inferir la continuidad entre las dos experiencias y las que han sido decisiones y orientaciones espirituales absolutamente nuevas: nadie, ni siquiera un papa, puede disimular o justificar las cul-

pas de otros. Ni en nombre de la nación, ni en nombre del deber o del pueblo. Incluso a un Papa le es legítimo preguntar a Dios: ¿Por qué te callaste? El más alto deber es el de hacer frente a la verdad y al propio derecho. El derecho a ser uno mismo, el derecho a ser pueblo o parte de él, el derecho a ser sujetos a quienes no se le pueden imputar crímenes y "abusos" cometidos por otros.

De hecho, el papado de Ratzinger ha estado señalado por muchos momentos difíciles. (...) Por eso, cuando Benedicto XVI dijo a sus cardenales que después de haber «examinado varias veces mi conciencia delante de Dios, llegué al convencimiento de que mis fuerzas, por la avanzada edad, ya no son adecuadas para ejercer el ministerio petrino», era una comunicación llena de conciencia personal y de verdad. Al hablar de «mis fuerzas», estaba refiriéndose a su propia subjetividad y reiterando la necesidad de tener que reconocer su «incapacidad para administrar bien el ministerio que se me ha confiado». Excluía cualquier otra ingerencia más o menos institucionalizada. Concluía con la afirmación de que la dimisión era una necesidad y un gesto grave. Sin embargo, era libre. De hecho, agregó: «Muy consciente de la gravedad de este acto, con plena libertad declaro que renuncio al ministerio de Obispo de Roma, sucesor de San Pedro, etcétera».

*Verdad, singularidad, libertad y derecho*, por lo tanto, han orientado esta dimisión. Se trata de un gesto completamente nuevo en la Iglesia. (...) La novedad de Ratzinger consiste en que la verdad, así como fundamenta la institución permite al sujeto el derecho de renunciar a ella. Sería como decir que nadie, si su deseo es patente, debe permanecer en una institución en la que ya no tiene la fuerza para permanecer en ella. Y esto en la plena libertad, no de la institución sino del sujeto. ¿Permitirá también este cambio de rumbo, este gesto de separación y de renuncia, hecho en la

cumbre, otras separaciones y renunciaciones en la base? ¿En los fieles? Otros papas, a diferencia de Benedicto XVI dimitieron porque fueron depuestos o forzados a renunciar. Lo revolucionario de esta dimisión consiste en la nueva conciencia con que se realiza ese gesto, como un «derecho» en nombre de la verdad y «con plena libertad».

Si el gesto de la libertad de Benedicto XVI fue único hasta ahora y revolucionario con respecto a un trono, a un poder, en que la verdad, nunca subjetiva, coincide con la libertad y esta con la eternidad y con todo lo que es universal y escatológico, por su propia esencia, los gestos de libertad del papa Francisco se multiplican casi a diario. Son pequeños gestos que escapan a cualquier protocolo, ponen en dificultades y problemas a los guardaespaldas por desplazamientos y movimientos no acordados y rutas fuera de programa. Y son gestos que ponen en embarazo a probables enemigos que quedan descolocados y tropiezan en las piedras que Francisco deja en su camino. En esta difusión de piedras de escándalo Francisco es absolutamente revolucionario.

## Bergoglio y la práctica de la alegría

No hace falta decir que se trata de una práctica que viene de San Pablo (Romanos, 12, 1-2 y 9-18), o mejor, directamente del Evangelio (Juan 6, 60), donde se muestra a un Cristo que utiliza palabras muy duras frente a los que provocan escándalo, que en griego significa *tropiezo*, para obligar a su audiencia a encontrar un nuevo equilibrio. Frente a estas piedras no tropieza el sujeto que escandaliza, sino que tropiezan los otros que se ven obligados a caer o a tropezar y reposicionarse.

Es difícil completar la lista de estas piedras de escándalo lanzadas por Bergoglio. Son piedras que hacen que sea más difícil mantener las mismas posiciones: estar a fa-

vor o en contra de las prácticas católicas consolidadas y generalizadas que habían permitido precisamente en la Iglesia, la que don Tonino Bello estigmatizó como la «ética de doble medida», donde la ética del perdón y el perdón de las deudas, propuesta para regular la esfera privada, ha sido sistemáticamente rechazada en el nivel político incapacitándola para ser pacificadora y sanadora de las deudas. Y eso que la esfera pública tiene cada vez más necesidad de un cambio a través de "un cinturón de seguridad constituido por el sentido común".

El Papa Bergoglio sabe que *el sentido común es revolucionario*. Y lo utiliza a manos llenas. De ahí que su impronta, su figura es la de un personaje profundamente original, humano y profundamente revolucionario. Hannah Arendt había significado con una valoración de talante similar a Juan XXIII, de quien la filósofa apreciaba el buen sentido común, muy diferente del conformismo. Para Arendt, de hecho, el buen sentido era el que caracteriza la personalidad independiente del papa Juan. Y Bergoglio va en la misma dirección del Papa Roncalli, realiza una praxis que no se confunde con la modestia, sino que se trata de un requisito indispensable en el despliegue de una personalidad independiente y libre. A Arendt le gustaba explicar que una razón fuerte y escéptica nunca pierde su buen sentido y no se deja llevar por la utopía de pensar que una persona, de pecadora, pueda transformarse en ángel, ni siquiera con la mejor de las ideologías. Porque, al contrario, las ideologías, que arendtianamente no son más que el desarrollo de una idea hasta sus últimas consecuencias, son muy peligrosas.

Bergoglio ha considerado a las ideologías como su enemigo más concreto. Del mismo modo, con mucho sentido común y, por lo tanto, con gran espíritu revolucionario, Bergoglio mantiene su discurso de colocar un stop al catolicismo de la peniten-

cia, un catolicismo demasiado atrapado en la "doble moral", hecho de esquemáticas contraposiciones. Francisco, sin embargo, nos invita a la alegría. Para él, el Evangelio es gozo. De hecho, la alegría está en el Evangelio: *Evangelii gaudium* ha sido su primera *Exhortación Apostólica* y su debut como Papa. En este documento del 24 de noviembre de 2013 habla de una práctica que libera del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. El tema del texto es la alegría. El *comienzo* suena de esta forma: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de aquellos que se encuentran con Jesús». También el Papa Montini había promulgado el 8 de diciembre de 1975 otra exhortación apostólica con un título similar: *Evangelii nuntiandi*. Pero allí el anuncio del Evangelio se presentaba todavía como un deber y un compromiso para los cristianos. En las palabras de apertura ya se indicaba que "el compromiso de anunciar el Evangelio a los hombres de nuestro tiempo animados de esperanza, pero igualmente con frecuencia expuestos al miedo y la angustia, es sin duda alguna un servicio prestado no solo a la comunidad cristiana, sino también a toda la humanidad. De ahí el deber [...] que para Nos es una «preocupación diaria». En 1975, el lenguaje de Pablo VI, a quien se consideraba impulsor de las conclusiones del "revolucionario" Vaticano II, encarnaba la preocupación cotidiana de un camino que pensaba la renovación a través de una práctica en la que el foco se centraba en el deber, el servicio y el compromiso de realizar un programa. De hecho, el compromiso fue la primera palabra de exhortación.

Sin embargo, en la praxis de Bergoglio no hay ningún tipo de preocupación, ni método o programa definidos como punto de partida. Solo existe la «inteligencia de una emoción», podríamos decir utilizando la expresión favorita de Martha Nussbaum. La inteligencia de la alegría hace expresar al

Papa Francisco que «un evangelizador no debe tener permanentemente una cara de funeral» y, por lo tanto, recomienda: «Por favor: sacerdotes, monjas, nunca con el rostro del "pepinillos en vinagre"».

No se trata de una transformación motivada por un saber estar en el tiempo, en el momento. Bergoglio había propuesto ya la práctica de la alegría en sus *Meditaciones para religiosos*, publicadas en 1982, cuando todavía no era obispo. En el capítulo que se titula *El gozo*, que corresponde al *gaudium* latino, hablaba de la alegría como una práctica que trae consigo la paz, la caridad y la solidaridad en la comunidad. Una práctica profundamente transformadora y revolucionaria. ¿Era solo un lenguaje del momento o se trataba de un camino que provocativamente Bergoglio ya sugería?

Cuando proponía la alegría como la práctica del creyente, era el año en que Argentina finalmente se encaminaba hacia las elecciones libres que ponían el punto y final a una dictadura que solo había visto un incremento de violencia y de desapariciones. A las madres de los desaparecidos no les quedaba otra cosa que más remedio que recordar a los ausentes girando todos los jueves alrededor de la Plaza de Mayo, con gran fuerza simbólica. Eran años en los que la Iglesia había sido un campo de batalla. Como recordó el obispo Casaretto, pensábamos que «una violencia "inorgánica" sólo se podía combatir con una violencia "orgánica"».

## Una iglesia del pueblo

Hubo obispos que valoraron la dictadura y la represión como una especie de cruzada que salvaría a Argentina del comunismo. Más tarde muchos fueron acusados de complicidad, incluso Bergoglio. Después de la investigación de 2010 y de una serie de publicaciones<sup>1</sup> que han aportado luz, la

opinión general ha entendido lo eficaz que pudo haber sido aquel comportamiento por el cual, para salvar a las personas, el futuro Papa se vio etiquetado con el nombre, nada agradable, de "anguila"; de hecho, tuvo la extraordinaria capacidad de maniobrar incluso con personajes ambiguos del régimen. Estaba muy cerca del superior de los jesuitas, el Padre Arrupe, que fue Padre General de 1965 a 1983, y que había mostrado cierta proximidad a la teología de la liberación, aunque entonces ya se había distanciado por completo. A Bergoglio pues le horrorizaba tanto la doctrina de la seguridad nacional, propia de la dictadura, cuanto la ideología antagonista, marxista-nacionalista de los *montoneros*. Como muchos jóvenes católicos de la primera etapa posconciliar, en estrecha proximidad con el Padre Arrupe, se sintió heredero de un proyecto específico: una iglesia del pueblo, para el pueblo, sensible a la cuestión social. El Concilio había prometido en sus dieciséis documentos una recuperación total de la vitalidad y el compromiso por una Iglesia no del poder, sino del servicio<sup>2</sup>. Una Iglesia de los pobres, una Iglesia capaz de satisfacer realmente las necesidades de los tiempos. Pablo VI había invitado a los obispos en la clausura del Concilio, a ser «pobres, sencillos, humildes, fieles tanto en las palabras como en las actitudes». Fue una revolución. De tal manera que en julio del sesenta y ocho, la encíclica de Pablo VI *Humanae Vi-*

---

truye en sus textos la estrategia hecha de "retiros espirituales" falsos, de elaboradas estratagemas, de contactos supervisados, y cómo hicieron uso en el seminario de una "máquina" para imprimir documentación falsa. La lista de salvados de la dictadura que reconstruye Scavo es muy larga.

- 2 La expresión, que tiene sorprendentes similitudes con otras del papa Francisco, pertenece a don Tonino Bello, que también formaba parte del Concilio, y trabajaba para «una Iglesia que se ciñe el delantal y comienza a lavar los pies del mundo [...] ¿Nosotros, a quienes lavamos los pies? Limpiamos los zapatos a la gente, solo cuando necesitamos alguna cosa». Homilía de don Tonino del 11 de julio de 1990.

1 Cfr. Nello Scavo, *La lista de Bergoglio. Los salvados por Bergoglio durante la dictadura*, Madrid, Publicaciones Claretianas, 2013. El autor recons-

tae se sintió como una auténtica contrarrevolución. La condena de la contracepción artificial fue vivida por los católicos como la reafirmación del poder por encima de las conciencias responsables. La disidencia católica verifica una separación con esa otra forma de ser de la Iglesia, la de las instituciones que, a pesar de la apertura conciliar, no pudo mantener las expectativas. Los "católicos no practicantes", no solamente en Europa, se mantienen disidentes con la debida prudencia, que termina exhausta a consecuencia de la nula reciprocidad por parte de la institución.

Los años setenta, fueron los de la "teología del pueblo", y no sólo en Argentina. Bergoglio estaba cerca del padre Scannone, quien explicaba que la teología del pueblo «no utiliza el análisis social marxista, sino más bien el análisis histórico-cultural, sin dejar de lado la vertiente social y estructural». Pero aún estaba más próximo a las ideas filosóficas que le llegaban a través de la revista "*Hechos e Ideas*", dirigida por una estudiosa de Husserl y Hegel que también había sido profesora en el Colegio Máximo: Amelia Podetti, quien configuraba un pensamiento original, absolutamente antiideológico, pues lo fundamentaba en el método fenomenológico husserliano y en la fenomenología del espíritu hegeliana que encaminaban hacia una concepción de la religión como factor clave para la aparición y emergencia de una autoconciencia no masificada ni ideologizada.

Bergoglio, que compartía el mismo enfoque antiideológico, aunque no fue y nunca ha sido un "filósofo" profesional, a diferencia de los dos últimos papas que a lo largo de su propia vida siempre han tejido la filosofía con la religión, parecía muy conservador y tradicionalista. Elegido padre provincial a una temprana edad, frente a otros hermanos jesuitas, intelectuales de vanguardia, prefería hablar de reforma antes que de revolución, incluso daba la impresión de reaccionario. De hecho, pare-

cía ir en la dirección opuesta y así lo hacía, pero su camino eran pasos en la dirección de aquella ternura, que propone frente a la guerra la reconciliación con la carne de los demás. De hecho, él escribió en la *Evangelii gaudium*: «La auténtica fe en el don de Dios hecho carne es inseparable de la entrega de sí mismo, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los demás. El hijo de Dios, en su *encarnación* nos ha invitado a *la revolución de la ternura*».

La ternura es revolucionaria, dice Francisco, ya que conecta y reconcilia la propia carne con la carne de los demás. Como se puede ver, toda intención ideológica está aniquilada por la vía de un enfoque inesperado que, rechazando cualquier dicotomía del ser, restablece de nuevo la relación ontológica del cuerpo y del espíritu desde la óptica de la encarnación que no permite ni dualismos ni ideologías. Nunca más una sexualidad demonizada, ni una espiritualidad descorporeizada. Consciente de que los hombres no son ni ángeles ni bestias, Francisco propone la práctica de la ternura demasiado tiempo ignorada.

El tema del cuerpo, que siempre se opondrá a cualquier postura ideológica, tiene una fuerte presencia en Bergoglio que ya en un discurso pronunciado en el año 1980 había argumentado que los proyectos ideológicos y elitistas «niegan a sus propios hermanos y hermanas el poder de tomar decisiones, de hacer avanzar un proceso y de organizar [...] no quieren constituir un cuerpo, con el propósito de conservar el privilegio de poder. A diferencia del poder de Dios, el poder humano divide. El poder unificador de Dios permanece fuera del diseño de *las élites*; se encuentra en el pueblo fiel de Dios. Restauracionistas e idealistas, conservadores y revolucionarios, siempre luchan para conseguir el poder, para conquistar el control de los beneficios, la dirección de las instituciones [...] nuestras instituciones terminan siendo oficinas de

restauración o laboratorios asépticos». En cambio, el verdadero poder, la verdadera sabiduría, es la que anida en las personas, en los fieles que viven los problemas reales y sufren intensamente. «Es en ellos de donde procede la salvación. Por tanto, como siempre, las ideologías restauracionistas e idealistas, incapaces de oler el sudor del verdadero progreso, quedarán rezagadas atrás, aisladas en su elitismo, ancladas de forma irreparable en su cansado, gris, y cómico discurso».

Las palabras del papa Francisco, que llevan el sudor del mundo, son revolucionarias. Y he ahí su revolución, respecto a la violencia de toda revolución. Se trata de una revolución en las palabras, o en el uso de palabras sencillas y más comunes o incluso expresiones creativas y oportunas del tipo: «La corrupción huele mal (*spuzza*), la sociedad corrupta también», como dijo en Scampia el 25 marzo de 2015.

Los neologismos eficaces de Francisco tienen cuerpo como su Cristo que no existe sin carne y sin cruz. Por el contrario, él denuncia las relaciones interpersonales de los tiempos de Internet, que se hacen posibles, como él dice, por medio de dispositivos que se conectan y desconectan a voluntad. Su propuesta consiste en «correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor, sus requerimientos y su alegría contagiosa.» Aquí el léxico evoca atmósferas levitinas, pero de repente, una vez más, la vida toma ventaja sobre la filosofía y Bergoglio habla del cuerpo a cuerpo con el otro. Un «cuerpo a cuerpo, incluso con las tentaciones, que tiene necesidad de silencio, de distancia, de oración,» dice el domingo del 22 de febrero de 2015, y que es consciente del valor del conflicto: «si alguien ofende a mi madre, le arreo un puñetazo», dice una semana después del atentado a *Charlie Hebdo*. Pero su conflicto no asume nunca la violencia afilada de la razón ilustrada que enorgulleció a Francia. Una Francia, que,

en nombre de la laicidad, ha obligado a los ciudadanos a renunciar a su cultura de origen tradicional, a renunciar a los velos en la cabeza y a los crucifijos en las paredes. Francisco sabe que cuando en nombre de la *égalité* se renuncia con demasiada rapidez a las propias raíces, se origina una traición. No es preciso haber leído a Simone Weil. Para Francisco no sólo nunca se debe matar en nombre de Dios, sino que «no se puede provocar, insultar ni ridiculizar la fe de otros» y, al mismo tiempo, «todo el mundo tiene no sólo la libertad o el derecho sino también la obligación de decir lo que piensa si de este modo considera que ayuda al bien común». La obligación política no reside, por lo tanto, en imposición de reglas, sino en la posibilidad subjetiva de ser capaz de tomar la palabra en un cuerpo a cuerpo con los demás, hecho de «pertenencia a la comunidad, entrega de sí mismo, servicio y reconciliación con la carne de los demás» (*Evangelii gaudium*, 88). No en nombre del derecho, sino de la obligación de confrontarse con los demás surge, se actúa una práctica política nueva: un tema extraordinariamente igual al que analiza Simone Weil en *L'encracinement*.

La relación con los demás, concretamente «con la carne del otro», impone «una Iglesia en salida», que toma la iniciativa, responsabiliza, fructifica, celebra (cap. 1, 20-24) y, finalmente es capaz de adoptar una praxis para la cual Bergoglio no utiliza el término de revolución, sino el de conversión. Bien entendido que no se trata de una práctica o pastoral de la conversión sin más, sino en la conversión (I, II, 25-33), es decir, en un vuelco de dirección, con una misión que se encarna en las limitaciones humanas (I, IV, 40-45). Para mantener los desafíos del mundo de hoy, Francisco afirma neta y explícitamente: no a una economía de la exclusión (II, I, 53-54), no a la nueva idolatría del dinero (II, I, 55,56), no a un dinero que gobierna en lugar de servir (II, I, 57,58), no a la injusticia que genera violencia (II, I,

59,60), no a la mundanidad espiritual (II, I, 93,97), no a la guerra entre nosotros (I, II, 98,101). Y así, con esa misma contundencia se afirma su propuesta de una palabra cuya fuerza reside en sí misma. Citando a Marcos (1:27) recuerda que los apóstoles, en la presencia de Cristo, sentían que hablaba como quien tiene autoridad. Y sorprende descubrir que en tanto que palabra fuerte, en tanto que palabra que tiene autoridad, un papa haga plenamente atractivo justo lo que Luisa Muraro ha definido como el orden simbólico de la madre. Que la Iglesia es madre de ese tipo de prédica está claro, pero que la homilía, palabra pronunciada solamente por hombres en la iglesia, deba resonar como las palabras de una madre, eso es completamente nuevo. En la homilía, donde la palabra tiene la enorme tarea de transformar la vida, se pone en práctica este orden simbólico.

Es más, el papa escribe en la Exhortación «la Iglesia es madre y predica al pueblo como una madre que habla a su hijo, sabiendo que el hijo tiene la confianza de que todo lo que se le muestra y enseña será para su propio bien porque se sabe querido.» Y si el contenido es indiscutible, es el modo, el cómo se expresa dicho contenido, el que deviene significativo: «Qué a gusto saboreamos que se nos hable en nuestra lengua materna, incluso de temas de fe, nos gusta que se hable en clave de "cultura materna", en clave de dialecto materno (cf. 2 Mac 7,21.27), entonces el corazón se dispone a escuchar mucho mejor. Este lenguaje posee una tonalidad que transmite valor, aliento, fuerza, impulso» (E. g: III, II, 139, 141).

Se trata del mismo lenguaje directo con el que saludó en la plaza después de su elección: «Hermanos y hermanas buenas noches», y con esa sencillez de transformación, comenzó su pontificado. Un gesto di-

ferente al de la mano en alto y cerrada en señal de victoria con el que representó su entrada en la escena el papa Ratzinger. La simplicidad de Francisco es transformadora y revolucionaria con su invitación a no vivir un catolicismo como expresión de remordimiento y penitencia, porque la cruz no es sólo sufrimiento, sino todo lo contrario, es anuncio como el saludo del ángel a María, con su insistente invitación a la alegría.

Su registro es contundente. Es «vivir con responsabilidad», lo que significa «tomar la vida en las propias manos» sin miedo al futuro, como dijo a los jóvenes, en Santa Marta, el 4 de mayo de 2013. Al vincular la responsabilidad con la libertad repitió: «Quien no es capaz de hacer frente a los retos comprometiéndose no tiene espina dorsal» y añadió que nada ni nadie, ni siquiera una fe ciega, de quienes por otra parte no parecen saber qué hacer, se les puede eximir de una libertad responsable. Pues nadie de los que estaban acostumbrados a escucharlo se sorprendió cuando dijo que no hay que «tener hijos como conejos». La libertad de Francisco hasta tal punto está impregnada de veracidad y credibilidad que su mensaje no se puede definir como un mensaje para creyentes o no creyentes. En un inteligente artículo, Ida Domijanni ha hablado de «la dimensión de Francisco», una nueva dimensión que no quiere el consentimiento o la fórmula «o conmigo o contra mí», sino una dimensión capaz de colocar sobradamente la libertad y la derecho-deber de decir lo que se piensa y practicar con dignidad todos los credos y una negativa contundente contra la falsa libertad de expresión que ofende e «infantiliza» las religiones. (...)

[Extractos del artículo "Bergoglio e il «buon senso rivoluzionario»", publicado en la revista italiana *Critica Marxista*, número 2/3 de 2015].